



Introducción a la vida nocturna

Por Gustavo Blázquez

Desde mi hemisferio lo nocturno es diurno,
es el punto principal en mi línea a investigar
Dani Umpi, *Saturno*

Córdoba, como tantas otras ciudades, se transforma cuando cae el sol. Las calles del área céntrica o las aledañas a las grandes avenidas, donde se concentran comercios, escuelas, oficinas públicas, iglesias, se vacían. Las cortinas metálicas de los negocios caen y las personas regresan a sus hogares mientras todavía se escuchan los ecos del día. Automóviles que pasan rugiendo y ómnibus atiborrados de pasajeros. A medida que transcurren las horas, y la oscuridad toma las calles, el bullicio deviene un extraño silencio que deja oír otros sonidos. Los tacones lejanos de unas trabajadoras sexuales corriendo hacia el auto de un cliente o huyendo del patrullero que, con sus luces azules, introduce un resplandor aterrador. Bocinazos. Algunas personas, cada vez más, se cobijan en algún rincón para pasar la noche. Recolectores de basura limpian las calles y las ratas salen de las alcantarillas. Los ritmos, colores y aromas cambian.

En los barrios, las calles quedan desiertas. Puertas y ventanas se cierran hasta la mañana siguiente. Los parques, que durante el día sirven para el descanso y actividades deportivas, se transforman en lugares con una importante oferta de rincones apropiados para las prácticas sexuales y las caricias de los amantes. También, al caer la noche, especialmente durante los fines de semana, se arman circuitos dedicados a la diversión y el entretenimiento hechos de bares, restaurantes, boliches, teatros, confiterías bailables, y más.

Con la aparición de las primeras estrellas se (re)configuran otros entramados urbanos que hacen posibles experiencias y modos diferentes de habitar la ciudad. Ese conjunto de prácticas y territorios asociados con la diversión, el ocio, el erotismo y la sexualidad, los comportamientos “desviados” (Becker, 2009) que llamamos “la noche”, resultan un particular modo de existencia de la vida metropolitana. El entorno multisensorial, efervescente, embriagante de la

vida nocturna y la posibilidad de construir, entre luces brillantes y sombras tenebrosas, un cierto anonimato, definirían la experiencia urbana (Benjamin, 2005; Simmel, 1989; Park, 1999; Velho, 2020).

Las ciudades son valoradas, también, por la calidad e intensidad de sus noches. Aquellas urbes interesadas en concentrar trabajadores altamente calificados y reproducir de manera ampliada su economía deben ser capaces de ofrecer servicios, relacionados con el ocio y el entretenimiento, variados y de calidad (Yúdice, 2002). En ese contexto, la producción de la noche, con su oferta festiva excitante, deviene un sector activo de la economía capaz de emplear un importante número de sujetos y producir significativos dividendos.

Aunque definitoria de la ciudad, la vida nocturna resultó de poco interés a la hora de trazar una ciencia social que la tuviera por objeto. En su oscuridad, la noche parecía insondable. Gran parte de la sociología y de la antropología urbana se concentran en los procesos sociales que transcurren a la luz del día, y cuando se focalizan en actividades nocturnas, como la música y el baile, la noche aparece como el gran telón de fondo de las prácticas que se analizan. Cabe destacar aquí el trabajo pionero *La cultura de la noche. La vida nocturna de los jóvenes en Buenos Aires*, de Mario Margulis. En este libro publicado en 1994, Margulis reunió trabajos de sus estudiantes en un seminario de grado que dictó en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Sus doce capítulos recorren la noche porteña siguiendo los consumos musicales de jóvenes. Otros trabajos, de corte etnográfico, han tomado a la noche como escenario donde se daban algunas de las prácticas analizadas (Blázquez, 2008; Lacombe, 2006; Sívori, 2005). Sobre el tratamiento temático de la noche como objeto de investigación, resaltamos un artículo escrito por el etnólogo francés Jacques Galinier y un conjunto de otras personas, publicado por una revista científica norteamericana (Galinier et al, 2010).¹ El texto comprende indagaciones realizadas en Latinoamérica, Estados Unidos y Europa, desde disciplinas como neurofisiología, psicología, antropología, derecho e historia sobre el segmento nocturno del ciclo día-noche de 24 horas.

¹ El artículo, titulado *Antropología de la noche: investigaciones interdisciplinarias*, fue traducido al español por Agustín Liarte Tiloca y publicado en la revista *Avá* de la Universidad Nacional de Misiones en 2022.

Los capítulos que forman este libro, sus autores y autoras, toman como punto de partida a la vida nocturna en tanto fenómeno central de la experiencia humana. La noche se asocia con las libertades y los libertinajes, los juegos de máscaras, las tergiversaciones identitarias, pasiones y erotismos, riesgos, aventuras y desafíos. La nocturnidad aparece como un ámbito donde se constituye y se (re)presenta el Estado que regula y gestiona aquellas prácticas concebidas como susceptibles de ser controladas. El Estado también se hace en la noche. La noche y sus lugares poseen, en grados diferenciales, un aura de peligrosidad, extralimitación, experimentación sexual y sensorial, y uso de sustancias psicoactivas. La noche es la “mala vida” y también la “escuela de vida”.

A lo largo de los textos, se deja de lado una definición de la noche como un tiempo sin luz solar, ligado a la rotación del planeta, para reemplazarla por otra que enfatice la dimensión espacial y relacional de las personas, las cosas, las emociones y los consumos. Se privilegian, antes que los ritmos circadianos, las tramas de sentido que hacen posible la sociabilidad nocturna, entendiendo que sus límites se extienden mucho más allá del amanecer y se inician mucho antes del atardecer (Blázquez y Liarte Tiloca, 2018). La apuesta colectiva es analizar la vida nocturna a través de las acciones de sus participantes, del trabajo artístico, de la producción y gestión cultural, y de la creación de escenas y mundos sociales. Como parte del análisis se incluyen las representaciones y discursos contruidos en torno a experiencias como “salir (o no) de fiesta”, trabajar “de” o “en” la noche, (des)controlar y ser (des)controlado en la noche. Para realizar esta tarea cultivamos una vocación interdisciplinaria que abarca distintas áreas de conocimiento –Antropología, Sociología, Historia, Estudios Culturales, Crítica Literaria, Artes– y perspectivas analíticas.

El interés primero de esta colección de indagaciones y reflexiones sobre la vida nocturna es dar cuenta de los múltiples modos en que aquello que llamamos “la noche” deviene un espacio-tiempo dinámico donde cristalizan ciertas prácticas comportamentales y discursivas asociadas con el tiempo libre, el ocio recreativo y el disfrute extático. Como parte del proceso de producción y montaje social de la vida nocturna, sus participantes se construyen e interpretan a partir de marcadores sociales de las diferencias. La edad, el género,

la sexualidad, el binomio raza/clase, la morfología corporal, y otros diacríticos tejen esa trama de significaciones que denominamos la vida nocturna. Por ello, la nocturnidad resulta una buena oportunidad para pensar y sentir el pulso de lo social.

Una parte importante de los planteos que sustenta esta antropología de la noche surge del trabajo sostenido de investigadores e investigadoras del programa “Subjetividades y sujeciones contemporáneas”, alojado en el Centro de Investigaciones “María Saleme de Burnichon” de la Facultad de Filosofía y Humanidades en la Universidad Nacional de Córdoba, que coordino con María Gabriela Lugones (Blázquez y Lugones, 2020). En particular, entre quienes integramos el proyecto “Antropología de la noche en la Córdoba contemporánea: formas de sociabilidad y subjetividades contemporáneas”, que dirigí entre 2019 y 2024. También, el libro retoma diálogos con participantes de encuentros producidos desde el mencionado programa, como el coloquio “Las ciencias sociales en y desde las noches” del 2015, los coloquios “Erotismos y sexualidades en Nuestramérica” del 2019 y 2022, y el simposio “Ciencias sociales en y desde las noches: encrucijadas epistemológicas, éticas y metodológicas” organizado en el marco del XI *Encuentro Interdisciplinario de Ciencias Sociales y Humanas* del 2022.

En síntesis, este libro reúne resultados de investigaciones y reflexiones sobre, desde y en las noches que dan cuenta de prácticas, discursos, sentidos, imaginaciones, fantasías, representaciones, sujeciones y subjetividades en relación con la vida nocturna.

La deriva situacionista o cómo hacer etnografía en la noche

En este apartado discuto algunas cuestiones metodológicas referidas al trabajo de campo. Estas reflexiones, apuestas y propuestas surgieron en las reuniones de trabajo, diálogos, proyectos compartidos, actividades de producción y gestión cultural que mantuvimos, de manera continua, durante las dos últimas décadas en el marco de diversos proyectos de investigación con sede en el Área de Ciencias Sociales del CIFFyH.

Si la etnografía puede definirse por su vocación para captar el flujo de la acción social (Geertz, 1987), cabe preguntarse cómo realizar esa tarea en la noche con sus particulares trayectos espaciales y devenires identitarios en continua transformación. Para elaborar una posible respuesta nos proyectamos más allá de las enseñanzas de los padres fundadores al estilo de Bronisław Malinowski, de las “etnografías ejemplares” y de los manuales. Nuestras búsquedas metodológicas y lecturas se orientaron hacia el programa estético-político-epistemológico de la Internacional Situacionista. Este movimiento, considerado como “la última vanguardia”, se formó en 1957 a partir de la fusión de pequeños grupos de artistas y activistas políticos como la Internacional Letrista, el Movimiento para una Bauhaus Imaginista, el Comité Psicogeográfico de Londres y el Grupo CoBrA (Jappe, 1998). Siempre envuelta en purgas y disidencias, la Internacional Situacionista se disolvió en 1972 cuando contaba con sólo dos miembros: Gianfanco Sanguinetti y Guy Debord.

La praxis propuesta articulaba la herencia de ciertos movimientos de vanguardia como el surrealismo, una relectura del marxismo ortodoxo, y un interés por prácticas hedonistas y libertarias asociadas con fiestas y revueltas populares. Enunciados como “la imaginación al poder” y el énfasis en la creatividad, el deseo, las formas de dominación asociadas con la diversión y el entretenimiento y la capacidad productora del placer, daban cuenta de esas conjunciones (Perniola, 2008; Plant, 2008). Algunos de sus miembros, como Guy Debord o Raoul Vaneigem (1977), esbozaron una teoría del ocio y el aburrimiento capaz de exhibir la dimensión política del entretenimiento, y de reconocer la puesta en escena espectacular de los imaginarios sociales. Sus análisis demuestran cómo lo que puede ser real, aquello que existe en tanto imagen, es más significativo y deseable que aquello que efectivamente vive en el mundo. La noción de “sociedad del espectáculo” elaborada por Debord (1999a, 1999b) para dar cuenta de este estado de las cosas, nos resultó de gran utilidad como instrumento crítico en nuestras indagaciones.

Entre las acciones de la Internacional Situacionista cabe destacar la publicación, entre 1957 y 1969, de la revista la *Internationale Situationniste*. En el segundo número, Guy Debord publicó su *Théorie de la dérive*, un breve texto donde define a la “deriva” como un mé-

todo para la producción de conocimiento de y en espacios urbanos. Según su propuesta, la misma resultaba “una técnica de paso ininterrumpido a través de ambientes diversos” (Debord, 1999c, p. 50) que se realizaba de manera preferentemente grupal y bajo un mismo estado de conciencia. La deriva podía hacerse sin compañía, aunque era preferible realizarla en grupos de 2 o 3 personas. La duración recomendada era de una jornada, aunque el autor menciona experiencias que duraron cerca de dos meses. El campo espacial para la deriva podía extenderse desde una ciudad y sus afueras hasta una manzana, una estación de ferrocarril, una esquina, el cuarto de una casa. Si bien el propio autor señaló, sin brindar mayores explicaciones al respecto, que las últimas horas de la noche no eran generalmente adecuadas para la deriva, nosotros optamos por desoír el consejo y nos propusimos expandir el método situacionista más allá de las temporalidades indicadas.

La deriva situacionista cita y transforma distintos modos de recorrer las ciudades y sus espacios. A diferencia del paseo y el turismo, no busca la distracción ni puede considerarse al procedimiento como parte de las actividades del tiempo del ocio. La deriva es para Debord “un comportamiento lúdico-constructivo” (1999c, p. 50) que no sigue recorridos precisos, demarcados de antemano, como los que hoy se llaman “corredores culturales” o circuitos preestablecidos por las guías *Lonely Planet*. Por el contrario, la deriva es un método de concentración, de observación y análisis del espacio antes que una forma de dispersión impresionista.

La propuesta debordiana se aleja también de otras formas de recorrer la ciudad como las que, para escenarios latinoamericanos, analizaron Néstor Perlongher (1999) y Horacio Sívori (2005). El primero, en su estudio sobre la prostitución masculina en San Pablo (Brasil) durante la década de 1980, analizó una forma característica de moverse por ciertas áreas de la ciudad, como plazas y espacios públicos, manejando las apariencias para descubrirse sólo entre los pares que estuviesen inmersos en la misma práctica que los sujetos llamaban *draga*. Por otro lado, en su etnografía sobre experiencias de sociabilidad entre varones homosexuales, Sívori planteó para la ciudad de Rosario de la década de 1990 la práctica del “yiro”, categoría tomada como sinónimo de la *draga*. Como aclaró el autor, por

más que fuese realizado en la vía pública, esta modalidad de desplazamiento era vivida como una situación privada, bajo la misma intimidad que conllevaba el sexo entre cuatro paredes.

Otra forma de desplazamiento, como el deambular sin metas del *flâneur*, técnica utilizada por los surrealistas, se encuentra también en las antípodas de la deriva. Mientras que, para el primer método de experimentación del espacio, el azar cumple un rol fundamental en la organización de los movimientos, para la técnica situacionista el azar resulta una acción “naturalmente conservadora” (Debord, 1999c, p. 50). En tanto procedimiento unitario, la deriva no descarta la participación del azar en la determinación de las direcciones de desplazamiento. Pero, alerta del uso ideológico reaccionario por parte de los surrealistas, la propuesta debordiana se vale del azar como un factor de disrupción capaz de alterar certezas y desestabilizar marcos interpretativos.

En la deriva, el movimiento se debe orientar a partir del conocimiento del espacio y no del azar, que sólo debe utilizarse para poner a prueba ese propio conocimiento y sus determinaciones socio-históricas. Una de las reglas que señala Guy Debord incluye establecer “las bases y cálculo de las direcciones de penetración” (Debord, 1999c, p. 52) en el campo espacial fijado de la deriva. En nuestro caso, con el objetivo de reducir el azar, definíamos una cuestión previa o nos trazábamos algún propósito específico antes de emprender la deriva. Por ejemplo, en una noche de trabajo de campo en un local bailable observábamos solo el uso de los baños, o las dinámicas en las filas de ingreso, o el accionar del personal de seguridad o *patovicas*. En otras derivas, nos concentrábamos en registrar los cambios en la iluminación y la musicalización durante la fiesta junto con los cambios comportamentales asociados, o seguíamos a una pareja de bailarines, a un policía o los tránsitos entre los camarines y el escenario.

El método situacionista se propone un objetivo preciso: desarrollar, de manera lúdica, el conocimiento “psicogeográfico” de las ciudades, y para ello se apoya en la psicogeografía como ciencia interesada en la capacidad de los espacios de producir emociones y sentimientos específicos. En palabras de Guy Debord, se trataría del “estudio de las leyes exactas, y de los efectos precisos del medio

geográfico, planificados conscientemente o no, que afectan directamente el comportamiento afectivo de los individuos” (Debord, 2001, p. 131). De acuerdo al análisis debordiano, los mapas que, por ejemplo, ofrece la administración estatal serían insuficientes para conocer la ciudad. Esas representaciones basadas en las distancias geográficas, la geometría euclidiana-funcionalista y la compartimentalización de las ciudades, no toman en cuenta la existencia de otras distancias ni de los efectos psicológicos que la ciudad produce en sus habitantes. Si, en las palabras de Karl Marx, que Guy Debord retoma en su texto, los humanos no podemos ver a nuestro alrededor más que nuestros rostros y todo nos habla de nosotros mismos, de modo tal que hasta el paisaje está animado, la deriva aparece como la posibilidad de conocer críticamente ese paisaje. El espacio se ha convertido en una mercancía animada por el fetichismo y diferentes lugares de la ciudad realizan distintos sentimientos y emociones que arman otros mapas. Existen barrios y áreas destinadas a la alegría y la diversión, otras reservadas para la actividad industrial y otras para morar. Hay barrios abiertos y cerrados, villas miserias y “villas cariño”. Existen “zonas rojas” y “zonas liberadas”, parques y cementerios parque. Hay puentes, esquinas y puntos de referencia que cuentan la historia de la ciudad.

La deriva, en tanto método, busca recorrer la ciudad de otra manera para reconocer las “placas giratorias psicogeográficas” que la organizan (Debord, 1999c). Su interés pasa por el examen de las zonas donde esas placas colisionan y se producen erupciones, conflictos o choques cargados de afectos. Por ejemplo: ¿qué emociones activa en quien conduce un auto en la madrugada la luz roja de un semáforo en una esquina peligrosa? ¿Detiene la marcha o acelera? ¿Qué secretos recuerda despierta un lugar de la ciudad, un barrio, el banco de una plaza? También, es importante atender a los procedimientos que buscan disminuir los márgenes fronterizos y limar asperezas para crear ambientes “mezclados”, “seguros” o “cuidados”. Hay bailes de cuarteto considerados “tranquilos” y otros “de negros”. Hay recitales “peligrosos” y otros muy relajados. Hay bares gays y locales de la diversidad. Hay lugares imperdibles y otros en los que es mejor no entrar. Hay “para todo público” y “la casa se reserva el derecho de admisión”. En una sociedad que privilegia el valor de cambio e

hizo del espacio una propiedad, el procedimiento situacionista permite abordar, a contrapelo, el valor de uso de la ciudad y reconocer los afectos y emociones que activan esos usos.

Con el objetivo de describir las tramas de sentidos o placas psico-geográficas que hacían posible la particular experiencia social de “la noche”, desarrollamos un trabajo de campo colectivo y multisituado donde nos preguntamos: ¿cómo y quiénes hacían “la noche”? ¿Qué subjetividades se realizaban y cuáles eran las formas de sujeciones que se (re)producían en ella? ¿Qué es “la noche”? Cabe destacar que este trabajo no tuvo una planificación inicial ni fue diseñado en el papel hasta adquirir la forma de un proyecto de investigación redactado según las normas de agencias financiadoras. La etnografía se gestó y gestionó a partir de interacciones entre integrantes del programa “Subjetividades y sujeciones contemporáneas”, quienes desarrollamos nuestras pesquisas, centradas en prácticas de divertimento, varias de ellas en el marco de estudios de grado y posgrado. Dispuestos a la observación etnográfica, derivamos por la ciudad de Córdoba, e invitamos a compañeros y compañeras de pesquisa a derivar por sus espacios. Munidos de un saber práctico construido como parte de nuestra experiencia vital y más o menos orientados por el azar, recorrimos la trama urbana. Parte de las acciones estuvieron organizadas por la dinámica propia de cada uno de los mundos de la noche en los que participábamos etnográficamente, pero otras estuvieron destinadas a romper con cualquier prenoción de unos mundos de fronteras precisas o cualquier interpretación en términos de “tribus urbanas” (Maffesoli, 1990).

Entre las prácticas de investigación que procuraban pasarle el cepillo a contrapelo a nociones sociológicas dominantes en los estudios de juventudes y reintroducir la duda por medio del azar y los encuentros fortuitos, señalo algunas que implementé a lo largo de mis pesquisas nocturnas. Algunas noches salí a caminar con rumbo variable, como un *flâneur*, por zonas como Nueva Córdoba o Güemes, barrios donde se concentraba cierta vida nocturna. Luego me sentaba en el banco de una plaza o en la mesa de un bar, subía a un colectivo sin dirección prefijada y bajaba por motivos también aleatorios, tomaba un taxi hasta algún local bailable o un recital sólo para ver qué pasaba en las inmediaciones, o acompañaba a un grupo

de personas que conocí esa noche en sus recorridos por la ciudad. Otras veces, era de los primeros en llegar o de los últimos en irme de una fiesta a la que nunca me invitaron, o me levantaba a las 6 de la mañana para ir a un *after* que duraba hasta pasado el mediodía. Derivar era, en esos momentos, estar “de caravana”, término local usado para describir una cierta experiencia de recorrer la noche de manera festiva y extática. Pero también supuso abandonar ese tipo de desplazamientos para ingresar en otros espacios dónde no necesariamente se construía un estado de ánimo jocoso. Alguna vez, el movimiento me condujo a la sala de espera de la guardia de un hospital público un sábado a las tres de la mañana, o a una sala velatoria ubicada en inmediaciones de un cine porno. Allí pasaban otras cosas. No había risas, pero sí llantos y gritos de dolor.

Durante estas derivas fue posible encontrar cómo, al igual que durante el día, las fronteras entre trabajo y ocio, fuertemente construidas por la Modernidad y el desarrollo capitalista, no dejaban de reproducirse. En la noche, algunas personas trabajaban mientras otras se divertían y gozaban del tiempo libre. Entre los últimos, distinguimos quienes lo hacían preferentemente a través del consumo de formas mercantilizadas de la diversión y quienes experimentaban otra noche, menos comercialmente organizada. Así nos topamos con fiestas privadas, cenas, reuniones hogareñas, sesiones de videojuego y todo otro conjunto de prácticas que se focalizaban en el espacio doméstico. También, con otras más anónimas y asociadas con la búsqueda de compañeros sexuales que se daban en el espacio público como parques, plazas o la estación terminal de ómnibus.

La etnografía colectiva mostró a la noche extendiéndose mucho más allá del amanecer e iniciándose mucho antes del atardecer. Los diferentes trabajos de campo y derivas nos llevaron a abandonar la definición de la vida nocturna asociada a la ausencia de luz solar, tan a gusto de vampiros y tan ligada a los ritmos de la naturaleza y la rotación de la Tierra. En su lugar, desarrollamos una interpretación de la noche que enfatiza su dimensión espacial y relacional. La noche fue concebida como un entramado complejo de circuitos diferenciales y preestablecidos de circulación de personas, mercancías y deseos que demarcan lugares o zonas en la trama urbana.

A continuación, presento algunos temas y problemas que aparecieron a lo largo de la etnografía conjunta, multisituada y de larga duración que realizamos desde hace años. Algunos de estos interrogantes encuentran, en las páginas siguientes, una respuesta. Otros, permanecen como cuestiones abiertas. Esperamos que futuras pesquisas, propias y ajenas, puedan resolverlos y complejizarlos para generar mejores preguntas sobre nosotros, nosotras y los mundos que nos sostienen.

Preguntas para una Antropología de la noche

Entender, de acuerdo a la epistemología situacionista, a la noche como un conjunto de relaciones localizadas, nos condujo a preguntas por las placas psicogeográficas que arman la noche. Nos interesamos por las colisiones, elusiones y colusiones de esas placas y su capacidad para producir emociones y sentimientos específicos.

Entre esas placas psicogeográficas –es decir, las tramas de relaciones, representaciones y emociones situadas que arman la vida nocturna– destacamos la organización laboral de la noche. ¿Cómo se reproduce una sociedad que no duerme? ¿Qué servicios han de permanecer para que continúe la vida urbana, y cuáles otros pueden desvanecerse al caer el sol? ¿Qué nuevas actividades surgen en la nocturnidad y cómo se explota comercialmente la diversión noctámbula? Distintos regímenes laborales, formas de contratación, cualificaciones, mecanismos de precarización, construcción de ejércitos de reserva de mano de obra se realizan en la noche. A través de estos procesos se producía género, sexualidad, raza/clase, edad y otros diacríticos de la diferencia. Cabe preguntarse, por ejemplo, qué criterios utilizan las empresas para contratar el personal que cubre las guardias y turnos nocturnos, y qué otros criterios ponen en juego los clubes nocturnos a la hora de seleccionar las personas que trabajan en la barra.

Para atender a variables que organizan el mundo del trabajo, resulta de gran valor considerar la distinción entre quienes trabajan “en” la noche y “de” noche. Los primeros participan, más allá de la luz solar, en el montaje de formas de diversión que no tienen, o no deben tener, lugar durante el día. Su tarea es la producción, comerciali-

zación y fiscalización de unos mundos de la noche donde se oferta entretenimiento, música, baile, sexo, éxtasis y frenesí a otros sujetos, en general de menor edad, que los consumen como parte de sus actividades recreativas. Los segundos, quienes trabajaban “de” noche, se ocupaban de un conjunto de tareas que también se realizaban durante el día. Personal en el sector de salud, transporte, higiene urbana, inspectores municipales, policías, empleados y empleadas de comercio, obreros fabriles, entre otros, formaban parte de ese conjunto de trabajadores cuyas rutinas cotidianas se organizaban en función de la rotación de la fuerza de trabajo que permite mantener la ciudad despierta. Vale la pena preguntarse por el espacio donde trabajan estas personas y por las diferencias y similitudes entre quienes permanecen confinados en espacios cerrados como hospitales, fábricas, edificios o comercios, y quienes recorren las calles al estilo de taxistas, colectiveros, policías, trabajadoras sexuales, “naranjitas”. ¿Quiénes escogen trabajar “de” noche y cómo organizan su rutina diurna? ¿Cuáles son las profesiones y oficios que se asocian con el trabajo nocturno?

El cambio de preposición habla de importantes diferencias en las formas de entender y experimentar el trabajo nocturno, especialmente en su relación con los hobbies u otras aficiones. Para quienes trabajan “de” noche suele presentarse cierta fractura entre sus actividades laborales y recreativas, en tanto que, para quienes lo hacen “en” la noche, el trabajo se presenta en una continuidad, casi natural, con sus formas de diversión. Algunas de estas personas hallan en la vida nocturna su principal forma de reproducción económica y social. Otras, como estudiantes universitarios, encuentran en el sector gastronómico y la industria del entretenimiento una forma de reforzar sus ingresos a partir de trabajos temporales. ¿Cuántos puestos laborales se generan en la noche? ¿Cuáles son sus características? ¿Qué carreras profesionales se construyen “en” la noche? ¿Quiénes devienen empresarios de la noche y cómo organizan sus actividades? ¿Cómo se relaciona la trayectoria de este grupo de trabajadores con el emprendedurismo? ¿Cuál es la participación de la vida nocturna en el PBI?

Otra placa importante es aquella que se relaciona con las formas de clasificación estatal a partir de prácticas de fiscalización, habili-

tación y control (no sólo) policial de la vida nocturna. En su acción, el Estado inventa su E mayúscula (Taussig, 1997) cuando se materializa en zonas, objetivadas en mapas, que arman la noche. Resulta interesante conocer las características que deben reunir los espacios habilitados para el despliegue de la noche y cómo fueron cambiando, especialmente después de la llamada tragedia de Cromañón en 2004. ¿Qué actividades son lícitas y cuáles están prohibidas? ¿Dónde y hasta qué hora? ¿Cómo se burlan esas disposiciones y ordenanzas municipales? ¿Cómo se valora y cómo se cruzan el género, la sexualidad, la clase/raza y la edad en esas formas de gobernar u ordenar la noche? ¿Qué otros agentes, además de aquellos que actúan en nombre del Estado, gubernamentalizan la vida nocturna? ¿Cómo participan comerciantes y asociaciones civiles en estos procesos? ¿Hay mafias como suele sostener cierto sentido común impulsado por medios de comunicación conservadores? ¿Qué otras zonas se construyen en los bordes de las acciones estatales y la mercantilización de la diversión?

Los usos de la luz y el sonido son una tercera placa en juego. Una deriva por la vida nocturna debe ser capaz de registrar las formas, intensidades e historias del alumbrado público, los “ruidos molestos” y el silencio para describir los paisajes visuales y sonoros de las diferentes zonas de la noche. Recorrer la noche es atravesar varios horizontes y panoramas, contruidos entre acciones estatalizadas y emprendimientos comerciales. Es interesante reconocer cómo se ambientan y señalan, lumínica y acústicamente, esos paisajes de la noche y cómo se producen, usan y significan las sombras. ¿Qué ocurre a la sombra? ¿Qué fantasías sobre ese mundo en las sombras alientan los sueños de quienes permanecen iluminados? La luz, la claridad, la razón y la norma se desplazan en una misma cadena de sentidos. ¿Cuáles son los espacios más oscuros? ¿Qué ocurre en un *dark room* y cómo hacer etnografía en esos espacios calientes? ¿Dónde ronda el silencio y qué gritos se escuchan en la noche?

Otra placa se relaciona con los desplazamientos de los sujetos en la noche y los medios que los posibilitan. ¿Es viable llegar al boliche a pie o en colectivo o se requiere de un auto, propio o de alquiler? ¿Qué emociones, excitantes o tediosas, se asocian con el trasladarse en la noche? ¿Cuáles son las condiciones de (in)accesibilidad de las

diferentes zonas de diversión? ¿Quiénes y cómo entran y salen de ellas? ¿Qué miedos se experimentan en la parada de ómnibus durante la madrugada? ¿Cómo construyen los jóvenes una buena fachada para no ser ignorado por los taxistas? Según observamos, espacios de difícil acceso para quienes no poseen auto, como la llamada “zona del Chateau” en la zona norte de Córdoba, suelen convertirse en lugares con un tono más “exclusivo”, mientras que empresarios que buscan atraer masivamente a un público de estudiantes universitarios suelen montar sus negocios en barrios céntricos poblados preferentemente por jóvenes.

Dado que las formas en las que nos movemos por la ciudad y accedemos a ciertas áreas reproducen formas de diferenciación sociales, resulta muy importante analizar el funcionamiento de las empresas de transporte público de pasajeros. Es necesario conocer cómo se regula el servicio, en particular la frecuencia y los recorridos, a partir de procesos de negociación entre empresarios y funcionarios estatales. ¿Qué efectos generan esas regulaciones en el flujo de personas? Por ejemplo, y dadas las reglamentaciones municipales, los locales nocturnos en Córdoba capital cerraban sus puertas a las 5 de la mañana, pero el transporte público de pasajeros sólo se ponía en movimiento a partir de las 6 de la mañana. Este desfasaje producía que muy diferentes jóvenes, algunos de ellos un tanto alcoholizados y excitados por la aventura nocturna, se encontraran en las calles sin otra actividad más que esperar el colectivo o tratar de conseguir un taxi. Como era de esperarse, los conflictos surgían como chispas. Durante esa hora había más gritos, peleas, llantos en las calles, pero también había más coches policiales con sus luces encendidas, oficiales reorganizando el tránsito vehicular, operativos de control de alcoholemia. El caos producido por la desarticulación entre las ordenanzas estatales reclamaba un orden que las fuerzas policiales y el cuerpo de inspectores municipales se encargaban de asegurar. Una performance de Estado se producía al concluir la noche.

Esta cuarta placa psicogeográfica se relaciona con los ritmos de la noche, las formas de calentamiento y enfriamiento de la diversión nocturna, y la determinación de los momentos que la integran. Las disputas acerca de la habilitación municipal de los bares y boliches, o sobre cuándo comienza y cuándo termina la noche, forman parte de

esos ritmos. La deriva etnográfica permanece atenta a esos ritmos y se deja conducir por las frases musicales que organizan la noche. ¿Cuáles son sus tiempos? ¿Qué continuidades y discontinuidades se dan con los ritmos diurnos? ¿Cómo cambia la fisonomía y los usos de los espacios urbanos con el correr de las horas? Estas transformaciones, según analizamos, se relacionan directamente con las regulaciones estatales y los medios de transporte que permiten el gobierno de una población nocturna.

Además de esos desplazamientos, también se deben considerar los movimientos al interior de los espacios mercantilizados donde se condensa la vida nocturna, como bares, boliches, clubs, pubs, fiestas. La música y la danza dan lugar a la formación de escenas, encuentros localizados entre productores y consumidores de bienes y servicios relacionados con el entretenimiento nocturno. Como parte del trabajo de campo identificamos diferentes escenas en la noche cordobesa y describimos las actividades centrales que se desplegaban y disfrutaban en ellas. También reparamos en cómo esas escenas se distribuían en la trama urbana y armaban zonas, circuitos y mapas. La lectura de esa cartografía de la noche nos permitió dar cuenta, por ejemplo, de la transformación de los barrios Güemes y Nueva Córdoba en un “Soho” local, que parece citar al barrio neoyorquino y otros procesos de gentrificación de ciertos sectores de la ciudad.

Un punto focal en la observación fueron las diferencias etarias, de raza/clase, de género y sexualidad, morales y estéticas entre, y al interior, de cada una de las escenas musicales. Parte del trabajo de deriva etnográfica que realizamos consistió en observar esos lugares y menear el cuerpo. Sin duda, la danza social es la principal oferta nocturna de movimiento y las prácticas coreográficas, asociadas con los gustos musicales, son capaces de (re)trazar las fronteras sociales. Bailar, y por lo tanto la música, poseen una gran fuerza performativa en los procesos de subjetivación/sujeción que se desenvuelven en la noche. ¿Dónde radica esa fuerza? ¿Cómo las formas de clasificación musical y coreográfica devienen un recurso para las formas de clasificación social y la estatalización de acciones de gobierno? Algunas escenas se organizaban sin mayor relación con los gustos musicales. Otras formas de la diferencia se utilizaban para hacer diferencias. Por ejemplo, las prácticas eróticas y la edad poseían un lugar desta-

cado para la creación de escenas y daban lugar a la creación de una noche gay, swinger, BDSM, de la tercera edad (club de abuelos) o para adolescentes (*matinés*).

Más allá de las escenas, con su énfasis en la sociabilidad y los gustos compartidos, existía otra noche hecha de encuentros en espacios no mercantilizados, al margen de la fiscalización estatal, aunque no exentos de la vigilancia. Entre esos fuera de campo puede describirse el yiro de varones homosexuales en calles, parques, estaciones de autobuses, baños públicos, y otros espacios cuyo acceso no está mediado por el dinero, o las “zonas rojas” donde se despliega el trabajo sexual callejero de bio-mujeres y travestis. Resulta interesante describir las características de los espacios donde se dan esas prácticas y cómo los sujetos explotan las condiciones ambientales, como la oscuridad o la accesibilidad. ¿Qué lugares ocupan esos fuera de campo en la trama urbana? No menos importante es registrar cómo los sujetos negocian su presencia con la policía y otros agentes de control.

El análisis de esta placa psicogeográfica –hecha de meneos, coreografías y giros– supuso estar atentos al pulso de la noche. La deriva busca describir el latido de los desplazamientos de los sujetos por los territorios de la noche. ¿Cómo se mueven y qué los mueve? ¿Cómo se montan y desmontan las diferentes escenas, tanto dentro como fuera del campo? ¿Qué circuitos los conectan? ¿Qué formas de nomadismo y sedentarismo se producen en la noche? Experiencias como “la previa”, “el *after*”, “la caravana”, “salir a reventar la noche”, “dársela en la pera”, la fiesta clandestina o “clande” describen distintos pulsos nocturnos y estados de conciencia desde el cual se vive la noche.

Una sexta placa psicogeográfica se relaciona con la existencia virtual de la noche y la noche como imagen. Una deriva por aplicaciones, posteos, reels, vivos, historias y mucho más permitirá describir quiénes y cómo se (re)hacen la noche en las redes sociales. Por ejemplo, es posible preguntarse cómo se gestionan procesos de fidelización y se organizan grupos de fans o “comunidades” a través y en la virtualidad. ¿Cómo se restaura el aura de la noche? ¿Qué procesos se desataron a partir de la pandemia del COVID y el crecimiento exponencial de los recursos virtuales que permiten acercar, en tanto

imagen, aquello que permanece lejano como los ídolos o una “diosa”? Este recorrido debe explorar qué dicen los medios de comunicación, producciones cinematográficas, canciones, textos literarios y obras de arte acerca de la noche. ¿Cuáles son las historias que se cuentan y cómo se cuenta la historia de la noche? ¿Cómo se construye la “mala vida”, se monta su atracción irresistible y se fusionan peligro y placer?

La deriva se dejó llevar también por los fantasmas de la noche para captar sus monstruos, pesadillas, terrores y todo tipo de apariciones y desaparecidos. Las “tragedias”, como el incendio del boliche Kheyvis en Olivos la madrugada del 20 de diciembre de 1993 o de la discoteca Cromañón el 30 de diciembre de 2004, son puertas de entrada privilegiadas para encontrarse con los muertos. Las casas funerarias resultan otra oportunidad para esas citas con los difuntos. A diferencia de décadas atrás, cuando a los cuerpos se los velaba toda la noche, desde hace un tiempo, las empresas de sepelio cierran sus puertas durante la madrugada dejando a los muertos solos. ¿Qué significa y qué efectos produce entre los vivos estos cambios en las formas de velar y pasar una noche triste?

Bibliografía

Becker, Howard (2009 [1963]). *Outsiders. Hacia una sociología de las desviaciones*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Benjamin, Walter (2005 [1982]). *Libro de los pasajes*. Madrid: Ediciones Akal.

Blázquez, Gustavo (2008). *Músicos, mujeres y algo para tomar. Los mundos de los cuartetos en Córdoba*. Córdoba: Recovecos.

Blázquez, Gustavo y Liarte Tiloca, Agustín (2018). De salidas y derivas. Anthropological Groove y “la noche” como espacio etnográfico. *Íconos. Revista de Ciencias Sociales*, (60), 193-216. <https://doi.org/10.17141/iconos.60.2018.2630>

- Blázquez, Gustavo y Lugones, María Gabriela (Eds.). (2020). *Celebrar. Una antropología de la fiesta y la performance*. Córdoba: Editorial de la Universidad Nacional de Córdoba.
- Debord, Guy (1999a [1967]). *La sociedad del espectáculo*. Valencia: Pre-Textos.
- Debord, Guy (1999b [1989]). *Comentarios sobre la sociedad del espectáculo*. Barcelona: Anagrama.
- Debord, Guy (1999c [1958]). Teoría de la deriva. En: *Internacional Situacionista, Vol 1. La realización del arte* (pp. 50-53). Madrid: Literatura Gris.
- Debord, Guy (2001). Introducción a una crítica de la geografía urbana. En: *Potlatch. Internacional Letrista*. Madrid. Literatura Gris.
- Galinier, Jacques et al (2010). Anthropology of the night. Cross disciplinary investigations. *Current Anthropology*, 51 (6), 819-847. <https://doi.org/10.1086/653691>
- Geertz, Clifford (1987 [1973]). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- Jappe, Anselm (1998). *Guy Debord*. Barcelona: Anagrama.
- Lacombe, Andrea (2006). *Para hombre ya estoy yo. Masculinidades y socialización lésbica en un bar del centro de Río de Janeiro*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Maffesoli, Michel (1990 [1988]). *El tiempo de las tribus. El ocaso del individualismo en las sociedades posmodernas*. Barcelona: Icaria.
- Margulis, Mario (Ed.). (1997). *La cultura de la noche: la vida nocturna de los jóvenes en Buenos Aires*. Buenos Aires: Biblos.

- Park, Robert Ezra (1999 [1925]). *La ciudad y otros ensayos de ecología urbana*. Barcelona: Editorial del Serbal.
- Perlongher, Néstor (1999 [1993]). *El negocio del deseo. La prostitución masculina en San Pablo*. Buenos Aires: Paidós.
- Perniola, Mario (2008). *Los situacionistas. Historia crítica de la última vanguardia del siglo XX*. Madrid: Acuarela & A. Machado.
- Plant, Sadie (2008 [1992]). *El gesto más radical. La Internacional Situacionista en una época postmoderna*. Madrid: Errata Naturae.
- Simmel, George (1989 [1903]). *Las grandes urbes y la vida del espíritu. El individuo y la libertad*. Barcelona: Península.
- Sívori, Horacio (2005). *Locas, chongos y gays. Sociabilidad homosexual masculina durante la década de 1990*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Velho, Gilberto (2020 [1973]). *La utopía urbana*. Talca: Editorial Bifurcaciones.
- Taussig, Michael (1997). *The magic of the State*. Londres: Routledge.
- Vaneigem, Raoul (1977 [1967]). *Tratado del saber vivir para uso de las jóvenes generaciones*. Barcelona: Anagrama.
- Velho, Gilberto. 2020. *La utopía urbana*. Talca: Editorial Bifurcaciones.
- Yúdice, George (2002). *El recurso de la cultura. Usos de la cultura en la era global*. Barcelona: Gedisa.